

el ojo gótico **DE LA CIUDAD** **PARANOIA**

PEDRO LEMEBEL

LA ESQUINA ES MI CORAZON

■ Dedicado a los chicos del bloque, desaguando la borrachera en la misma escala donde sus padres beatlemaniacos me hicieron a lo perrito; inyectándome entonces el borde plateado de la orina que baja desnuda los peldaños, hasta aposentarse en una estrella humeante. Yo me fumo esos vapores en un suspiro de amor por su exilio rebelde. Un brindis de yodo por su imaginario corroído por la droga. En fin... son tan jóvenes, expuestos y dispuestos a las acrobacias de su trapecio proletario. Un pasar trashumante de suelas mal pegadas por el neoprén, que gotea mortífero las membranas cerebrales, abriendo agujeros negros, como ventanas enlutadas o pozos ciegos donde perderse, para avizorar apenas la ampollita del poste, tantas veces quebrada, tantas veces repuesta y vuelta a romper, como una forma de anular su alógeno fichaje, de retornar a la oscuridad protectora de los apagones, transformando el entorno conocido en selvática de escamoteo, un pantanoso anonimato que perfila las caras adolescentes, en luciérnagas de puchos, girando en el perímetro del farol apagado, como territorio de acechanzas.

La esquina de la «pobla» es un corazón donde apoyar la oreja, escuchando la música timbalera que convoca al viernes o sábado, da lo mismo; total, aquí el tiempo demarca la fatiga en las grietas y surcos mal parchados que dejó en su estremecimiento el terremoto. Aquí el tiempo se descuelga en manchas de humedad que velan los rostros refractados de ventana a ventana, de cuenca a cuenca, como si el mirar perdiera toda autonomía en la repetición del gesto amurallado. Aquí los días se arrastran por escaleras y pasillos, que trapecan las mujeres de manos tajeadas por el cloro, comentando la

última historia de los locos.

La esquina de los bloques es el epicentro de vidas apenas asoleadas, medio asomándose al mundo para casetear el personal estéreo amarrado con elástico, un marcapasos en el pecho para no escuchar la bulla, para no deprimirse con la risa del teclado presidencial, hablando de los jóvenes y su futuro.

El personal estéreo es un pasaporte en el itinerario de la coña, un viaje intercontinental embotellado en la de pisco para dormirse raja con el coro de voces yanquis que prometen «dis-nai» o *Esta noche*, como si ésta fuera la última de ver los calzones de la vieja flameando en la baranda; la última del vecino roncando a través de la pared de yeso, de esa utilería divisoria que inventó la arquitectura popular, como soporte precario de la intimidad, donde los resuellos conyugales y las flatulencias del cuerpo se permean de lo privado a lo público como una sola resonancia, como una campana que tañe neurótica los gritos de la madre, los pujos del abuelo, el llanto de los críos ensopados en mierda, una bolsa cúbica que pulsa su hacinamiento ruidoso, donde nadie puede estar solo, porque el habitante en tal desquicio, opta por hundirse en el caldo promiscuo del colectivo, anulándose para no sucumbir, estrechando sus deseos en las piezas minúsculas, apenas un par de metros, en que todo desplazamiento provoca fricciones, roces de convivencia, donde cualquier movimiento brusco fija una chispa que estalla en trapos al sol en plata que falta para izar la bandera del puchero: y el *new kid*-vago todavía durmiendo, hamacado en embriaguez por los muslos de Madonna, descolgándose apenas a los gritos que le taladran la cabeza, que le echan abajo la puerta con un «levántate, mierda, que son las doce», como si esa hora del día fuese un referente laboral de trabajo instantáneo, una medida burguesa de producción para esforzados que para entonces ya tienen medio día ganado, después de hacer *footing*, pasear al perro y teclear en la computadora la economía mezquina de sus vidas, para después jactarse del lumbago como condecoración al oficio de los riñones.

Cómo transar el lunar azul de la Madonna por el grano peludo de la secretaria vieja, que te manda donde se le ocurre, porque uno es el junior y tiene que bajar la vista humillado. Cómo cambiar el tecleo de esta vieja por la súper música de los New Kids, para desmayarse muy adentro y chupárselo todo, fumarse hasta las uñas y a lo que venga; mina, flete, lo que sea, reventarse de gusto, ¿cachai?

Siempre que no pongan al Morrison porque me acuerdo del loco chico, que se quedó entumido en la escala cuando nevó y lo encontraron tal cual, entonces lloraron varios y otros le llevaron ramos de cogollos, que después se los fumaron ahí mismo; total, decían, la coña alivia la pena y el peso del barro en los zapatos, más bien en las zapatillas Adidas que le

o los new kids del bloque

pelamos a un loquillo pulento que vino a mover, era broca y se quedó tieso cuando le pusimos la punta y le dijimos “coopera con las zapatillas, loco, y después con los bluyines y la camisa”. Y de puro buenos no le pusimos el ñato, porque estaba tiritando. Y aunque era paltón, nos dio lástima y le contamos hasta diez, igual como contaban los pacos, igual se la hicimos al loco, porque aquí la ley somos nosotros, es nuestro territorio, aunque las viejas reclaman y mojan la escalera para que no nos sentemos. Entonces nos vamos a los bloques de atrás y se queda la esquina sola porque andan los civiles y empiezan las carreras y los lumazos, hasta se meten en los departamentos y nos arrastran hasta la cuneta y después al calabozo. Y aunque estemos limpios, igual te cargan y la vieja tiene que conseguirse la plata de la multa y “le prometo que nunca más, que voy a trabajar, que voy a ganar mucha plata para que nos vayamos del bloque”. Porque vive con el corazón en la mano cuando no llego. Y aunque le digo que se quede tranquila, ya no me cree y me sigue gritando que “son las doce”, que me levante, cuando para mí las únicas doce son las de la noche, cuando me espera el carrete del viernes o sábado para morirme un día de éstos de puro vivo que estoy.

Muchos cuerpos de estos *Benjamines* poblacionales se van almacenando semana a semana en los nichos del cementerio y, de la misma forma, se repite, más allá de la muerte, la estantería cementaria del hábitat de la pobreza.

Pareciera que dicho urbanismo de cajoneras fue planificado para acentuar por acumulación humana el desquicio de la vida, de por sí violenta, de los marginados, en la repartición del espacio urbano.